

UNO/MAS/UNO

**Preso sin nombre,
celda sin número**

►La guerrilla respondió con ferocidad a la represión, pero con menores recursos▷**Cuando el Silencio recurre al patriotismo**▷**Represalias contra La Opinión por reproducir artículos de una revista católica**▷**Una visita del médico de la prisión: "Soy su amigo"**▷**Puntapiés de un guardia antisemita**▷**El interrogatorio en La Plata, en busca de pruebas de subversión periodística**

Jacobo Timerman/IV

Preso sin nombre, celda sin número

Jacobo Timerman/IV

familias enteras desaparecieron. Los cadáveres eran envueltos en cemento y arrojados al fondo del río. Del Río de la Plata, del Río Paraná. A veces el cemento estaba mal colocado, y sobre las costas argentina y uruguaya aparecían cadáveres. Una madre reconoció a su hijo de 15 años, argentino, que apareció en la costa uruguaya. Pero fue una casualidad, porque los cadáveres volvían a desaparecer.

Los cadáveres eran colocados en viejos cementerios, debajo de tumbas ya existentes. Jamás serán encontrados.

Los cadáveres eran arrojados al medio del mar desde helicópteros.

Los hijos pequeños eran entregados a los abuelos, cuando había piedad. O regalados a familias sin hijos. O vendidos a familias sin hijos. O llevados a Chile, Paraguay, Brasil y entregados a familias sin hijos.

Las personas que intervenían en estos operativos eran generalmente trasladados después de un tiempo a otras regiones, o tareas. Los lugares donde se realizaban los asesinatos, eran modificados después de un tiempo de uso. Un viejo edificio era derruido, el lugar convertido en un jardín público, o vendido para que se construya rápidamente un inmueble de viviendas. Los edificios nuevos eran modificados, aplicados a otros usos.

Noche y Niebla.

Y, sin embargo, aun en el triunfo, los militares argentinos descubrieron que todo se sabe. Y ésta es la principal ventaja que le han dado a la guerrilla y al terrorismo: haber admitido la irracionalidad terrorista como política, y haber superado la de sus opositores.

Porque la guerrilla contestó con igual ferocidad, pero menores recursos. Y todo se redujo entonces a un enfrentamiento de recursos, en vez de ser la batalla de una concepción política contra otra, de una moral contra otra. La guerrilla puso bombas en salones de conferencias para militares, en comedores para policías. Pero no pudo competir. Y, sin embargo, no fue derrotada en el terreno ideológico moral porque sigue esgrimiendo la irracionalidad de la represión, el abuso del poder, la ilegalidad de los métodos. Y es su carta para el futuro.

No, no hay ni habrá Noche y Niebla.

Lo que sí hubo, desde el primer momento, fue el gran Silencio que aparece en todo país civilizado que acepta pasivamente la inevitabilidad de la violencia, y sobre el cual cae de golpe el miedo. Ese Silencio que puede convertir a toda una nación en cómplice.

Ese Silencio que hubo en Alemania, cuando aun muchos bien intencionados suponían que todo volvería a la normalidad cuando Hitler terminara con los comunistas y los judíos. O cuando los rusos suponían que todo volvería a la normalidad cuando Stalin terminara con los trotskistas.

Primero, fue esa misma convicción en Argentina. Luego fue el miedo. Y a partir del miedo, la indiferencia. "A quien no se mete en política, no le pasa nada."

Ese Silencio comienza en los medios de comunicación. Algunos dirigentes políticos, algunas instituciones, algunos sacerdotes intentan denunciar lo que ocurre, pero no logran establecer contacto con la población.

Ese Silencio comienza por tener un gran olfato. La gente olfatea a los suicidas, y les escapa. Entonces el Silencio ya tiene otro gran aliado: la Soledad. La gente teme a los suicidas como teme a los locos. Y el que quiere luchar ve su Soledad, y se asusta.

Entonces el Silencio recurre al patriotismo. En el patriotismo el Miedo encuentra su gran revelación moral, su indudable capacidad de justificación, su clima de gloria, de sacrificio. Sólo en el exterior del país se formulan revelaciones y no hay Noche ni Niebla. Pero eso es la "Campaña Antiargentina."

Entonces es mejor ser Patriota y no quedarse solo.

No meterse en política, y quedar vivo.

Dejo la reunión en el Plaza Hotel lleno de sueños de gloria y lucha. Acepto el desafío. Estoy convencido que tengo muchas cartas en mi mano.

1) Envío un periodista a Londres, a pasar una semana en el Instituto de Altos Estudios Estratégicos. Tengo información que han realizado varios trabajos sobre las formas democráticas de lucha contra el terrorismo de izquierda. Reunimos material, y editamos un suplemento especial de *La Opinión*. Estoy entusiasmado: varios jefes militares me comentan el material. De la embajada inglesa me informan que algunos jefes militares han solicitado más información, consultar las fuentes que consultó *La Opinión*. Les hacen llegar algunos libros. En todos los libros se coincide, en diferente grado, que la represión irracional e ilegal, compromete el triunfo futuro, el triunfo político, la constitución de una sociedad democrática. La represión ilegal deja abiertas las puertas para el retorno del terrorismo de izquierda. La represión ilegal no se puede mantener indefinidamente. Cuando se detiene, el terrorismo regresa armado con un bagaje de martirología.

2) Me reúno con un ex presidente de la Nación. Tenemos varios ex presidentes vivos. Le propongo que todos firmen un documento conjunto contra la violencia en cualquiera de sus formas, contra la violencia de derecha e izquierda, a favor de los métodos legales de represión. Cree que sería posible lograr algo parecido a mi proyecto, si primero los directores de diarios publicaran un editorial, un mismo editorial en todos los diarios, firmado por todos, con las mismas tesis. Le digo que estoy dispuesto, y que quizás logre que me acompañen algunos diarios pequeños, pero difícilmente algún diario de magnitud nacional, como es *La Opinión*. Intentaré, de todos modos. El también intentará por su lado. Los dos fracasamos. Un familiar suyo muere en un atentado. Un ex secretario desaparece para siempre.

3) Hay una revista católica de mucho prestigio que publica análisis y comentarios positivos, democráticos, sugiere respetar la legalidad, el derecho. Se pronuncia contra algunas operaciones represivas de las Fuerzas Armadas. Comienzo a reproducir algunos de esos artículos en mi diario, para darles mayor difusión. El director de la revista recibe amenazas y es destinado a un alto cargo en el Vaticano. Pero la revista sigue con su línea informativa y no me prohíbe reproducir sus artículos. Reproduzco el artículo de una revista jesuita. No sólo clausuran *La Opinión*; me informan además que el autor del artículo, un sacerdote, es sacado clandestinamente del país por los jesuitas porque se teme por su vida. Me siento muy solo. Reproduzco artículos de algunos pequeños diarios del interior del país. Los amenazan. Clausuran uno que otro. Vuelan con una bomba la casa de mi redactor de asuntos católicos. No muere nadie.

4) Instruyo a los periodistas políticos y a los cronistas militares de *La Opinión* de incrementar los contactos con líderes de las dos esferas. Detectar a todo dirigente democrático, que quiera decir unas palabras, escribir un artículo; a todo militar que prevea el peligro que para el futuro del país significa la ilegalidad que está adquiriendo el proceso. Muy pocos quieren hablar con nosotros. Estamos muy solos. Algunos periodistas renuncian.

Estoy tirado en el suelo de la celda. Hace calor. Tengo los ojos vendados. Se abre la puerta y alguien dice que me trasladan. Hace dos días que no me torturan.

El médico me visitó y me sacó la venda de los ojos. Le pregunto si no le molesta que le vea el rostro. Se asombra:

— Soy su amigo. Yo soy el que lo cuida cuando le dan máquina. ¿Comió algo?

— Me cuesta comer. Tomo agua. Me dieron una manzana.

— Hace bien. Come poco. Después de todo Gandhi sobrevivió con mucho menos. Si necesita algo, llámeme.

— Me duelen las encías. Me dieron máquina en la boca.

Observa las encías, y me asegura que no me preocupe. Que tengo una salud perfecta. Dice que está orgulloso de mí por la forma en que aguanté. Algunos se le mueren sin que hubiera decisión previa de matarlos, y considera que eso es un fracaso profesional. Dice que fui amigo de su padre, también médico de la policía. Sí, creo recordar los rasgos. Le doy el nombre, y efectivamente es el hijo. Me asegura que no me van a matar. Le digo que hace dos días que no me torturan y se alegra.

El que me vino a buscar hace una broma: "A la cámara de gas". El médico se enoja. "No somos antisemitas."

Sí, me trasladan a la jefatura de policía de la ciudad de La Plata. Tardamos una media hora en llegar, pero al entrar en la ciudad me sacan la venda de los ojos, y me dejan sentar. Estuve todo el tiempo acostado en el suelo del coche. Reconozco esa ciudad donde fui estudiante universitario, hace muchos años. Una ciudad típicamente estudiantil, anchas calles arboladas. Estuve muchas veces en esa jefatura de policía haciendo trámites. Me entran por la puerta de ingreso del cuartel de bomberos y llegamos al subsuelo. Sigo con las manos esposadas a la espalda. Hay un pasillo, y apoyada contra la pared una alta escalera de pintores. Vuelven a colocar la venda sobre los ojos, y me esposan una de las manos al escalón más bajo de la escalera. Puedo estar sentado o acostado.

Estoy así un par de días. Sólo me dan agua. Me permiten cada tanto, ir al baño. Suele pasar bastante gente porque oigo los comentarios. Me hablan con amabilidad. Es decir, sin gritos, ni insultos, ni bromas, ni sarcasmos. Me conocen, recuerdan mis audiciones de televisión, dicen que todos los diarios informan sobre mí, me aseguran que me ven muy bien.

Me sacan la venda de los ojos, y nada más. Se suceden diferentes guardias. Cambian cada seis horas. Comienzo a conocerlos. Hay uno que cada vez que pasa a mi lado, me pega un puntapié sin decir una palabra. Le pregunto a otro guardia por qué lo hace. Me pide que lo comprenda, que es un buen muchacho pero no puede soportar a los judíos, es más fuerte que él. Para compensarme, acerca una taza de café.

El interrogatorio es en el comedor privado del director de Investigaciones, en el piso superior. Me van a interrogar dos personas que están almorzando, y ofrecen compartir la comida.

William Skardon fue durante muchos años, más de 20, el principal interrogador del Servicio de Seguridad interna de Gran Bretaña, el MI5. Le correspondió interrogar al espía atómico ruso Klaus Fuchs y obtener su confesión. Cierta vez recordó Skardon que uno de sus instructores le había enseñado el mejor método para interrogar: repetir una misma pregunta muchas veces, en diferentes momentos del interrogatorio, como si nunca se hubiera hecho antes. El objetivo es comprobar cuántos cambios introduce el interrogado en las respuestas, señalarle luego las aparentes contradicciones, e insistir hasta lograr la respuesta que uno busca, o que sospecha que existe.

El método de mis interrogadores, en esta jornada, es diferente. Me aseguran que quieren tener solamente una conversación política. Pero ya tienen algunos puntos a su favor: vengo de largas jornadas de torturas y de haber firmado con los

ojos vendados muchos papeles que dicen son las declaraciones que he formulado. También me hicieron colocar mis impresiones digitales en esos papeles. Esgrimen esos papeles, si bien no me los dejan leer.

Cuando una respuesta no les gusta, inmediatamente me piden que les cuente mi vida. Miran sus papeles. Cuando me olvido de algo, o comienzo con la época en que tenía 15 años, me piden que comience antes, por ejemplo cuando llegué a Argentina, a los 5 años, o cuando ingresé a la Organización Macabi, a los 10 años.

Si una respuesta les gusta, me la hacen escribir a mano, firmar y colocar la impresión digital del pulgar derecho.

Y lo que más entusiasmo despierta son mis teorías sobre la necesidad de luchar contra el terrorismo de derecha y de izquierda. Consideran que esas ideas serán la parte principal del acta de acusación contra mí, porque "identificar a las fuerzas legales con la subversión, es ser un subversivo". Por un momento hablo del fascismo de derecha y de izquierda. Se enojan seriamente, pero no me golpean. Estamos en una conversación política. ¿Cómo puedo ofender al fascismo colocándolo junto a una idea como la izquierda?

En esta conversación política que dura largas horas, quizás 15 o 20, se repiten un poco todos los elementos de mi diálogo con el militar en el almuerzo del Plaza Hotel. Pero aquí la exposición de mis ideas resulta más una confesión que la expresión de un proyecto político. Mi convocatoria a la legalidad se convierte en una táctica para debilitar la operatividad de las fuerzas de seguridad. Mi búsqueda de aliados democráticos en las filas políticas y militares, se convierte en una tarea clandestina para organizar un aparato de oposición a las fuerzas de seguridad. La reproducción de artículos de otras publicaciones, se convierte en una satánica provocación tendiente a lograr que el gobierno clausure numerosas publicaciones, enfrentándolo a diferentes sectores. Aceptar la pena de muerte si resulta de un juicio, significa querer presentar a las fuerzas armadas como asesinos.

Confirmando todas mis ideas, mis convicciones. Y realmente están satisfechos, ya que es la demostración que buscaban las fuerzas de seguridad sobre el carácter subversivo de mi actividad periodística. Me preguntan si quiero bañarme, aprovechar la oportunidad que quizás por un tiempo no vuelva a tener. Dudo un poco, porque estoy muy cansado. Me dicen que no me doy cuenta como apesto. Sí, hace casi un mes que no me lavo. Acepto el baño, y hay una guardia en la puerta. Me veo muy delgado en el espejo. Debo haber bajado unos 20 a 25 kilos, pero no tengo señales de las torturas. El perfume del jabón y del agua... los descubro quizás por primera vez. Me invade una sensación que habla olvidado, y me asusto, porque hasta ahora había evitado todo lo posible los recuerdos.

Vuelve el interrogador, y pregunta a qué se debía que en el suplemento cultural de los domingos insistíamos con tanta frecuencia sobre los disidentes rusos. Contesto que comenzamos hace ya varios años con publicar toda la información que obteníamos sobre el tema, y que incluso habíamos contratado a una traductora del ruso para que al menos los poemas de los disidentes tuvieran versión directa, y no a partir del francés o el inglés. Me dice que no entendí la pregunta. Quiere saber por qué lo hacíamos. Intento, una vez más, explicar la ideología de *La Opinión*, la lucha contra los extremismos de izquierda y derecha, pero me interrumpe. Está convencido de que la difusión de la actividad de los disidentes tenía como único objeto glorificar la idea de la disidencia, y transmitir esa glorificación a la juventud argentina, ofreciéndoles así elementos ideológicos para disentir con las fuerzas armadas.

Cierra la llave del agua. Todavía estoy enjabonado.

Se me ocurre una estratagema para ayudar a la madre. No puedo publicar algo en el diario porque sería contraproducente. No puedo llamar al cuartel donde la madre cree que tienen a sus hijos, porque los matarían. Pero puedo enviar a uno de mis cronistas a investigar al comando de una de las tres fuerzas armadas. Por supuesto que al comando de una de las armas que, según la madre, no es donde están sus hijos. ¿En qué consiste la táctica?

Bastará que el cronista diga que un oficial del arma que sí tiene a los hijos, le comentó que esos dos muchachos están secuestrados en el comando que está visitando. Y que también le hicieron el mismo comentario varios dirigentes políticos. La competencia entre las tres armas es una vieja tradición argentina, así como las sospechas e intrigas.

En el comando donde el periodista dejó caer la información, se preocupan por la imagen de su arma. Ordenan a su propio servicio de inteligencia averiguar dónde están los muchachos. Los ubican. El varón ya no aparecerá más, la niña se salva. Queda demostrado que esa arma nada tuvo que ver con el secuestro.

Recuerdo algunos de los infinitos y variados milagros que salvaron vidas en la segunda guerra. Los increíbles inventos de subterráneo, cuevas, armarios disimulados en el fondo de otros armarios, pozos en el fondo de otros pozos, documentos fraguados; los gentiles que hoy son honrados en Jerusalén por haber salvado judíos haciéndolos pasar por cristianos, por hijos propios; los judíos disimulados en conventos. Pero cuando se leen las estadísticas de la ocupación nazi en Europa, las cifras abruma más que las historias individuales, las superan ampliamente.

Sí, es cierto, se salvó uno de los hijos de esa madre. Pero no, todos los días era posible inventar una táctica que funcionara. También en Argentina las estadísticas, en ese año de 1976 superan ampliamente los milagros.